

## CONTRAPOSICIÓN

-Venga chicos, habéis cogido todo ¿no?- Mateo no contestó, seguía concentrado en sus libros, esta vez estaba sumergido en uno de George R R Martin, una historia de fantasía, muy lograda, hasta que su madre llamó a la puerta ¿Todavía sigues así? Le pregunto ¿Qué pasa, no quieres ir al pueblo? Mateo simplemente asintió con la cabeza, dejó todo lo que tenía entre manos, para guardarlo en su mochila y coger la maleta. En el viaje, no dejaba de pensar en la razón por la que tenía que ir allí, simplemente le daría igual estar en el pueblo que en la ciudad, ya que estaría todo el tiempo haciendo lo mismo, leer, que era la única actividad que le gustaba. No era muy buen estudiante, ni deportista; pero sorprendió mucho a los médicos cuando descubrieron que le gustaba leer, ninguno se esperaba que un niño diagnosticado con TEA pueda tener esa clase de aficiones.

Una vez habían llegado, descargaron todas las maletas. Abrieron la puerta de casa, hacía mucho tiempo que no pisaban por allí. Al igual que a él no le hacía mucha gracia ir, su hermano era totalmente lo contrario. Se llevaban solamente un año, ya que sus padres pensaron que al tener una discapacidad mental le vendría bien tener un hermanito, un hombro al que apoyarse y la verdad tenían muy buena relación a pesar de tener caracteres diferentes.

Pasaron días, Mateo prácticamente no salía de casa, se pasaba las horas encerrado en su habitación, leyendo y leyendo. Cada vez sus padres se encontraban más preocupados, sabían que a su hijo no le gustaba mucho relacionarse con otras personas, pero nunca se imaginaron que llegaría a una situación tan extrema, así que decidieron hablar con su hermano Jaime. Al día siguiente, éste no tuvo problema en avisar Mateo para que saliera un poco de casa, pero se percató de que esa idea no le hacía mucha gracia, con lo cual decidió enseñarle algo, era muy importante para él así que esperaba que le hiciera ilusión. Se dispusieron a salir, Jaime cogió la bici e invitó a Mateo a subir, el camino era largo y prefería recorrerlo en un medio de transporte. Después de llevar un largo rato sentado en la bici de su hermano, llegaron a un lugar a partado, enfrente se encontraban todos los amigos de su hermano, eran de su misma edad, y tampoco es que hubiera demasiados. El pueblo era pequeño así que allí se encontraban todos los niños. Pero lo que no se imaginaba ver es que estaban todos trabajando. Al fondo divisó una pequeña casa, la estaban reconstruyendo. -Hacía mucho que no te veíamos, ¿no te gusta estar con nosotros?- Oyó, tampoco contestó, se quedó paralizado, sabía que esa frase no iba con buenas intenciones. Déjalo Carlos, contestó su hermano. -Mira Mateo, te presento lo que hemos estado haciendo todo el verano, es nuestra peña-. Le invitaron a pasar, todas las miradas se centraron en él, esperando su opinión, pero su cara de alegría lo decía todo. -Me gusta mucho- se limitó a decir. A los demás les sobró con esa opinión y estuvo ayudándoles durante toda la tarde.

A la mañana siguiente Mateo se despertó entusiasmado, no se le ocurrió otra cosa que ir a levantar a su hermano, estaba ansioso por volver a la peña. Ya no quedaba mucho para acabarla y se había encariñado demasiado. Cuando llegaron, su hermano y él se quedaron mirando la peña, se dieron cuenta de todo lo que habían conseguido en tan poco tiempo. Pero de pronto cayó una gota que percató a Mateo, -Está lloviendo- dijo, y rápidamente tuvieron que volver a casa. Ese día hubo una tormenta muy fuerte, prácticamente no pudieron salir de casa, pero la peor noticia no fue esa, la peña estaba totalmente derribada por consecuencia del agua.

Pasaron los días, los rostros desconsolados inundaban todo el grupo. Mateo empezó a salir un poco más con su hermano, las chicas y chicos del pueblo. Se dio cuenta de que no todo eran los libros y cada vez se encontraba más a gusto con ellos. Fue Paula la que llegó a la piscina con una sonrisa de oreja a oreja, allí estaban todo el grupo, esperándola y preguntándose por qué estaba tan feliz. Cuando llegó pudo explicarlo todo, su padre tenía un local, un viejo trastero que ya no usaban, con luz y agua, justo lo que buscaban. No tardaron mucho en ponerse manos a la obra, tenían que limpiar aquel lugar antes de que fuera septiembre porque una vez que empezara el cole cada uno tomaría su propio camino, en su ciudad y no se volverían a ver hasta el próximo verano.

El trabajo fue duro y muy cansado, pero dos semanas después con un gran trabajo en equipo ya habían limpiado todo el lugar. Mateo estaba muy orgulloso de lo que habían hecho, y sobre todo se sentía mucho más orgulloso de la buena relación que había adquirido con ese grupo de niños.

Los días pasaron, septiembre ya estaba en camino y era hora de volver a la ciudad, Mateo se despidió de todos sus amigos con un gran abrazo, aunque a él no le gustaran mucho los abrazos. Cogieron su maleta y encaminaron el camino de vuelta a casa. Durante el viaje Mateo no dejó de mirar una foto en su móvil. Eran los 9 situados en la fachada de la peña, ya acabada. -Es gracioso- pensó, -hace dos meses estaba infeliz de venir aquí porque pensaba que iba a ser un verano como otro cualquiera y ahora estoy infeliz de irme, porque ha sido el mejor verano de mi vida-.

Mónica Martín Iglesias

4º ESO

Colegio Esclavas Sagrado Corazón